

La ausencia

José Blanco

A medio camino entre el relato clínico y la franca pesadilla, José Blanco describe en esta crónica las desventuras de la privación del sueño y el encuentro con los demonios de la ansiedad, la angustia y la depresión.

Querida sobrina Malva:

Siempre has leído mis cartas con una atención literaria esmerada. Ésta que ahora te escribo es distinta porque no comento nada sobre nuestras mutuas preocupaciones sobre la academia o sobre lo que pasa en la *aldea*—como te gusta llamarla. No quiero sorprenderte, me sentiría un poco perverso: te relato ahora un episodio que acabo de vivir, que te amargará la vida por un rato, espero que breve; y es posible que te aterrice un tanto: ocurrió eso que ahora uso como título de esta carta. Durante unos días fui sometido a un raptó, en sentido figurado, muy extraño. Aún sabiendo qué fuerzas se movían y lo empujaban y aunque parece que todo ha pasado, no deja de poblar exhaustivamente mi cabeza una y otra vez, obsesivamente. No quiero olvidar esta experiencia en sus detalles, y lo que estoy haciendo es escribirte de inmediato, en cuanto mi cabeza estuvo en condiciones de disponer qué palabras pondría para formar un hilo discursivo con sentido.

El jueves 18 de octubre, hacia las cuatro y media de la tarde fui a El Lencero a recoger a Héctor, a quien conozco hace más de treinta años. Se veía tranquilo y algo expectante y dijo antes de saludar que el vuelo había sido sólo de cuarenta minutos. Aparentemente esperaba un vuelo más largo. Él sería, al día siguiente, el ponente principal de la Cátedra Jesús Reyes Heróles, y tendría como comentaristas a dos muy metódicos y tesoneros estudiosos de ese ornitorrinco plagado de esquinas y picos que es el liberalismo mexicano.

Teníamos quizás unos cuatro años de no vernos y, dado que no había comido, lo invité a La cava catalana, donde conversamos muy a gusto, tomamos buenos vinos, y salimos de ahí hacia las diez de la noche. Una sobremesa como de cuatro horas.

Yo había llegado a Xalapa el lunes 15 de octubre. La semana anterior a ese lunes había estado en la Ciudad de México. Debo ahora recordarte algo que me reprobase cuando te lo conté la primera vez. Desde hace unos seis años un endocrinólogo me prescribió un medicamento llamado Lexotan, debido a que tenía un insomnio que empezaba a convertirse en crónico y que estaba comenzando a generarme un cansancio cotidiano excesivo. ¡Tira a la basura esa madre!, ¡eso mismo toma mi papá y no sirve para nada!, casi gritaste excitada entonces.

Pues he aquí que el domingo 14 había tomado la última pastilla de Lexotan de mi dotación (una caja con cien pastillas). Llegué al día siguiente a la universidad muy confiado en que encontraría al doctor Flores, colega de trabajo y vecino de cubículo, que desde hace algún tiempo es quien me extiende las recetas, porque mi medicamento requiere “receta de facultativo”.

Pero ese lunes, ¡demonios!, el doctor Flores no estaba: había salido de Xalapa y me informaron que llegaría al día siguiente. De modo que ese lunes apenas dormí. Y de ahí, pa’l real. Entré en una actividad frenética de trabajo durante toda la semana, porque tenía mil cosas pendientes relativas al Simposio de Otoño (que será la semana siguiente). Tenía más de siete meses trabajando en el simposio, porque vendrían rectores, académicos y especialistas de todos los continentes, y aún faltaban un buen número de detalles y asuntitos que resolver y decidir. Y todo ello me colocó en una situación que me acercaba a una caída, porque en toda la semana quedé privado de la pastilleja de la que me volví dependiente, y apenas dormí durante la semana, todo ello debido a que el doctor Flores no llegó sino hasta el siguiente lunes y yo no me ocupé de buscar a otro médico que me extendiera la receta indispensable.

El jueves 18, después de dejar a Héctor en su hotel, me fui a casita —en la que, como sabes, vivo solo—, y logré dormir unas tres horas. Al día siguiente ya me sentía extenuado. Pero estuve muy puntual en la cátedra, todo salió muy bien, y nos fuimos a comer a Coatepec, el rector, nuestros invitados y algunos funcionarios de la rectoría. Nuevamente tragos y buenos vinos, y platos picantes. Y platos picantes, tragos y estrés, como me ha ocurrido en otras ocasiones, me provocan una fuerte irritación de la mucosa gástrica, la que por turno, me irrita la hernia hiatal y acto seguido me irrita el corazón: te lo he contado, el corazón entra en una disfunción sumamente desagradable: palpitaciones, pulso acelerado, arritmia, hipertensión, hormigueo en los brazos, piernas y pies. Este conjunto de síntomas se volvieron un factor adicional que conspiraba contra mi posibilidad de dormir.

Cuando llegué al punto en que estaba en el momento de las despedidas de todos los comensales de ese viernes, crucé una línea que me volvió poco sensible y escasamente perceptible del estado en que me encontraba. Aún así, llegué a mi casa hacia las siete de la noche, abrí mi correo, respondí algunos mensajes, y me tiré en mi cama hacia las ocho; encendí el televisor y debo haberme dormido instantáneamente, pero desperté a las once de la noche. Ya no pude dormir más.

Me quedé en la cama y mi cerebro flotaba y estaba como entumido. Hacia las cinco de la mañana me levanté y empecé a leer periódicos en Internet; estuve en ello unas tres o cuatro horas. Bajé, algo desayuné, y luego, de un solo tirón, estuve entre trece y catorce horas en la computadora tratando de escribir mi artículo para el martes 23; suelo escribir el sábado o el domingo anterior a los martes que sale publicado.

Ese sábado 20 estuve fuera de mí. Algo así debe ser la locura. No estaba en control de lo que ocurría conmigo, sólo que hacía esfuerzos denodados para poder escribir, pensar, realizar algunos cálculos estadísticos que suelo hacer con facilidad. Los resultados estadísticos que obtenía me parecían imposibles. Repetí mil veces mis operaciones e intenté hallar caminos para comprobar si mis resultados eran correctos. Luchaba con terribles esfuerzos con la computadora hasta que *Doña Güera* —la doña que me arregla la casa y me hace la comida— me avisó que la comida estaba lista. Bajé como un zombi, no dije una palabra durante la comida, y veinte minutos después estaba en la computadora. *Doña Güera* se fue hacia las tres de la tarde mientras yo tecleaba, y tecleaba, y tecleaba. Estaba cada vez más lejos del mundo. Nunca me vi al espejo, pero creo que me habría llevado una impresión espantosa. Ya no tenía control sobre mí, pero continuaba empeñado en terminar mi texto. Mis ojos



René Magritte, *Calcomanía*, 1966



René Magritte, *El principio del placer*, 1937

a veces vagaban por las paredes del estudio y volvían al monitor. No sé si oía algo; algún ruido de la calle que siempre hay. Estaba encapsulado. Pero en ese estado no sentía sueño ni cansancio, no sentía nada, tal vez un entumecimiento y un leve temblor simultáneo en todo el cuerpo.

De pronto las cosas que estaban a mi alrededor, y que veía pero no miraba —no estaban en mi conciencia—, surgieron súbita, repentinamente, frente a mí, como si una enorme fuerza las hubiera puesto de un solo y brutal golpe sobre el suelo. No estaban, ya estaban. El corazón me dio un vuelco. Había pasado por un lapso de ausencia total, siempre con los ojos abiertos, que ignoro si duró segundos o minutos. Sé que tenía los ojos abiertos porque miraba las cosas aunque no las veía; las cosas brotaron relampagueantemente frente a mis ojos, así fue la inquietante transición de mirar a ver, mientras el corazón retumbaba. Eludí a toda costa ir tras el rastro que me dejó en el pecho el extrañísimo horror de la vuelta infernal al mundo y volví como un loco obseso al teclado de la computadora. Quizá eran las cinco de la tarde. Había perdido la noción del tiempo que llevaba sentado frente a la máquina.

Hacia las siete u ocho de la noche me levanté para bajar a tomar agua a la cocina; pero al llegar al pequeño vestíbulo, después del cual empieza la escalera hacia abajo, me encontré frente a un cuadro que sólo el estado en que me encontraba permite entender que me provocara el grado de terror que me provocó. El foco

del vestíbulo estaba completamente cubierto de unas avispas muy grandes que nunca había visto. Entré a mi recámara y docenas de ellas caminaban por las cortinas de la ventana, y el techo mismo estaba cubierto por docenas de esos bichos. El pánico se apoderó de mí, creí que me atacarían masivamente. Bajé a toda prisa la escalera y —cosa absurda— fui por una escoba y comencé, atrapado por la histeria, a dar escobazos a las avispas, que volaban en todas direcciones. Hice explotar dos focos a golpes, el del vestíbulo y el de mi recámara, me caí en el vestíbulo y estuve a punto de gritar.

Busqué las llaves de la casa y las de mi camioneta, fue un desesperado tiempo infinito el que tardé para encontrarlas. Las hallé y en ese estado manejé al centro de Coatepec a un tendajón. Entré desafortadamente a ese comercio y pedí un ..., la palabra insecticida no estaba en mi cabeza, hice señas y visajes al empleado y terminé pidiéndole una cosa para matar bichos.

—¿Un insecticida?, preguntó.

—Sííí, casi grite. Volví a mi casa y las avispas ahí seguían. Disparé el insecticida con furia y con espanto, como si furia y espanto pudieran agregar algo a lo que por sí solo el insecticida podía hacer. Cayeron fulminadas una diez y las demás huyeron por las ventanas. Me vi entonces en el espejo involuntariamente, y era yo un fantasma terriblemente demacrado. Temblaba y me sentía el ser más miserable del planeta. Pero en ese estado regresé a la computadora. Hacia las once de la noche di por terminado mi texto. Me fui a la cama. Por supuesto era imposible dormir; rebusqué en los cajones de mis muebles y encontré un Nytol, encendí el televisor, la primera noticia que oí fue que Maragall, ex presidente de Cataluña, había hecho una rueda de prensa para informar que padecía Alzheimer, lo viví como si el diagnóstico estuviera dirigido a mí. Un poco más tarde la conductora del programa —no sé qué programa— dijo: “mañana lunes” (no sé qué dijo); y yo me dije muy confundido, ¿por qué dice mañana lunes si hoy es sábado?, y estuve quebrándome la cabeza no sé cuánto tiempo pensando porqué había dicho eso, y concluía con una conciencia a medias que mi cabeza estaba inventando cosas, o quién sabe qué pasaba. De pronto vi el reloj y eran las doce cuarenta (hacia cuarenta minutos que había comenzado el domingo y por eso la conductora decía mañana lunes). Para ese momento llevaba unas veinticinco o veintiséis horas sin dormir, acumuladas a las que no había dormido durante la semana. Me quedé dormido no sé a qué hora con la luz y el televisor prendidos. Lo peor que me pudo pasar: dormirme. A partir de ese momento perdí la cabeza. Mi cerebro era como un mecanismo metálico que rebotaba dentro de una caja sin cesar, y yo no entendía si veía imágenes o eran pensamientos; un puntito de conciencia vigilaba lo que ocurría sin entender nada, pero me decía que debía

recordar todo esto para poder contárselo a algún médico. En esta aterrizante pesadilla estuve un tiempo, imposible de delimitar, luchando por despertar. Por un largo lapso más sólo conseguí alcanzar un duermevela en el que la cabeza continuaba en la locura. Pensé en el sueño que así presentan en algunas películas de terror, el hecho de que un “espíritu maligno” penetra el ser de una persona y la vuelve un endriago espantoso de las sombras de Lovecraft.

Finalmente logré despertar; temblaba y sudaba. Nunca me sentí tan pequeño y tan solo. Bajé corriendo la escalera sin haberme puesto mis lentes y caí a medio pasillo. Me levanté de inmediato. Tomé tres vasos de agua, uno tras otro, y me quedé parado en la oscuridad de la sala tratando de asir el control de mi cabeza, recuperando el mundo real. Acaso una hora después, aunque me sentía terriblemente ultrajado, mi cabeza podía pensar. Hice respiraciones profundas y traté de asirme con todas mis fuerzas al mundo efectivo hasta que amaneció. Decir que estaba en un estado macilento es decir nada. Me metí a la regadera; estuve mucho tiempo ahí, hasta agotar el agua caliente.

Esperé hasta las ocho y media de la mañana y llamé a Rangel que, como sabes, en sus horas libres es *médico alternativo*. Le conté a grandes rasgos lo que me había ocurrido, vino a mi casa a verme y me trajo unas gotas de flores de Bach, dijo que calmarían mi agitación. Me aconsejó

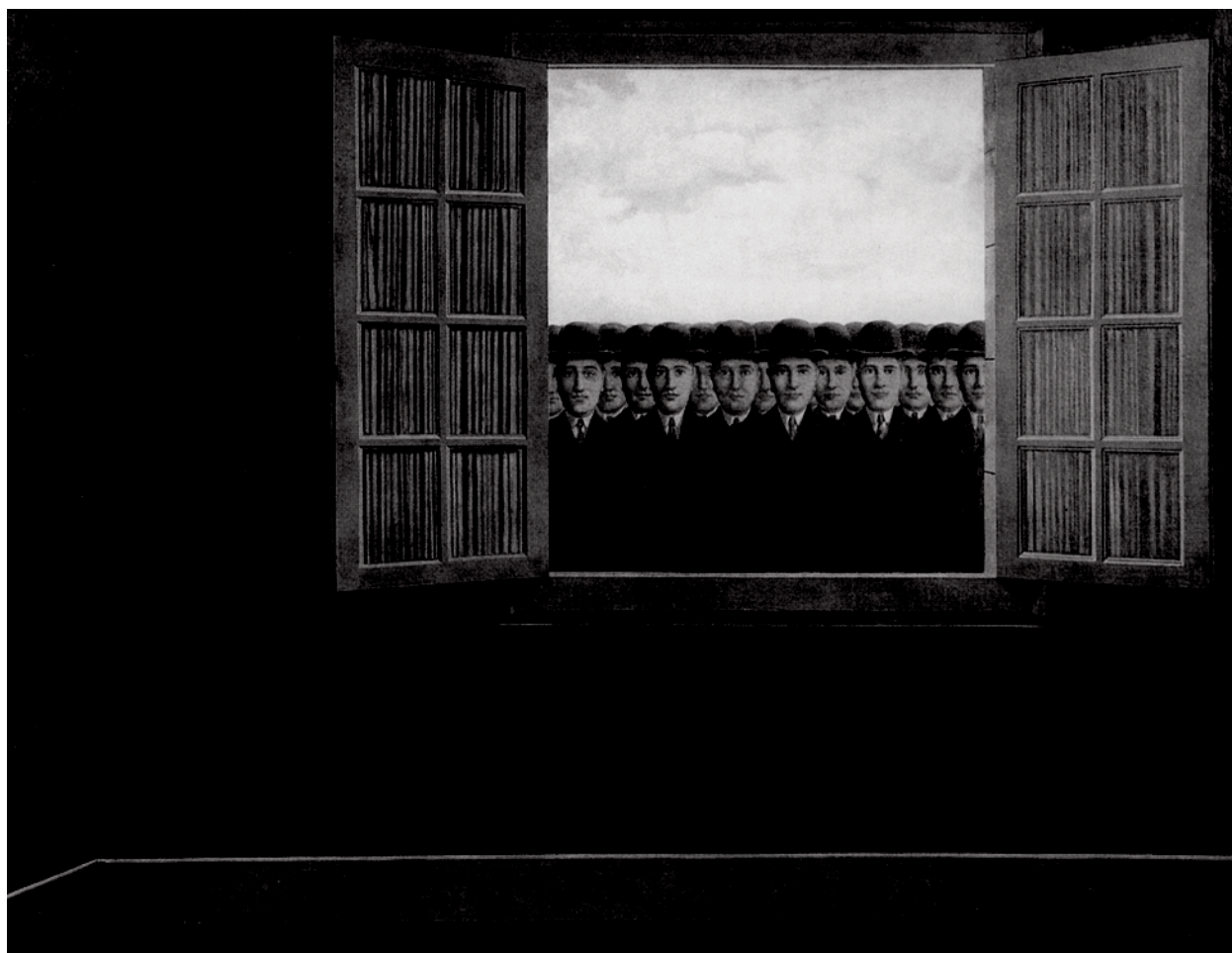
dar un paseo caminando lentamente. Y se fue. Se fue a trabajar y dijo que volvería hacia las cinco de la tarde.

Yo fui a hacer mi paseo, pero resultó terriblemente sufriente. El solo movimiento de las personas, de los autos, de los camiones y el ruido de los mismos, todo lo sentía de una estridencia que me reventaba la cabeza y el cuerpo mismo en su totalidad. Llegué al rancho El Trianón, donde pasa una ría, colmada de enormes piedras y donde todo el entorno está cubierto de hayas y liquidámbares gigantescos muy bellos. Bajé y me senté en una de esas piedras al pie del agua y ahí me quedé alrededor de una hora viéndola transcurrir y recuperando la vertical de la racionalidad.

He leído y he oído contar cosas espantosas. Siempre me ha intrigado averiguar de dónde nace el terror que los hombres viven a veces. A qué épocas remotísimas hay que remitir el horror del vello de la espalda erizado, quizás amenazado en su vida por un depredador invencible. Pero pude pensar que el miedo extremo es locura, locura real de lo ignoto.

Hacia las seis de la tarde regresó Rangel. Estuvo conmigo hasta las diez de la noche, mientras yo continuaba acumulando horas y más horas sin dormir. Esa noche debí dormir una seis horas, pero muy malas, con sobresaltos, despertares continuos y sueños disparatados.

El lunes 22 en la mañana me fui a la universidad, pero experimenté una extrema inseguridad en el volante. Estu-



René Magritte, *El mes de la vendimia*, 1959

ve sólo medio día y volví a mi casa con la sensación de que un accidente me acechaba y se precipitaría sobre mí, traicioneramente, estaba indefenso, sumamente vulnerable. En el camino de regreso a Coatepec me volví dos: iba pensando y planeando lo que debía hacer, pero al mismo tiempo mis ojos, como si no fueran los míos, lloraban. Interrumpía mis intentos de planear las próximas horas preguntándome ¿es esto la locura?

El martes 23 debía venir a la Ciudad de México (aquí sigo desde entonces) a tramitar asuntos de la universidad. Pero no manejé. Pedí que pusieran un conductor de la universidad que manejara mi camioneta. Vine en el asiento de atrás, acostado sobre una almohada, pero sin dormir.

Llegué directamente con mi gastroenterólogo con quien había hecho una cita desde el día anterior. Aunque el malestar gástrico era agudo, casi no lo recordaba; me aplastó el resto del episodio desafortunado que me cayó como una torre encima. Llegué a contarle todo lo que había ocurrido. Me recetó algunos medicamentos para mi gastritis y me repuso el Lexotan. Esa noche del martes dormí como piedra nueve horas y el miércoles volví a dormir nueve horas.

El doctor me llamó para preguntar cómo estaba y me recomendó que viera a un cardiólogo. Él mismo me dijo con quién debía ir. Lo hice, me tomó un electrocardiograma, encontró lo que yo ya sabía: la cicatriz de mi viejo infartito silente. Pero lo alarmó en alguna medida mi relato de la crisis de ausencia. Le preparó un informe a mi *gastro* en el que le decía que era menester estar seguros de que no había sido un síncope (una pérdida de la con-

ciencia por falta de oxigenación en el cerebro); el informe decía, además, que había una zona del ventrículo izquierdo, donde está la cicatricilla, “que está sufriendo”. El cardiólogo, por ese motivo, me mandó a que me hicieran un ecocardiograma porque, dijo, tenemos que ver si es viable recuperar una parte del tejido (el que “sufre”) mediante un cateterismo, esto es, como lo sabes, abrir la coronaria a efecto de que una mayor irrigación llevara más oxígeno a la zona disminuida de mi ventrículo izquierdo, lo que traería como consecuencia la recuperación de una parte de mis tejidos agüitados. Pero el *eco* no dio la información suficiente y entonces el médico mandó que me hicieran una prueba de medicina nuclear que se llama Talio-Mibi.

El viernes 9 de noviembre iban a practicarla, pero llegué al hospital con tos y un catarro de perros. Así que me regresaron con cajas destempladas a pedir cita con mi otorrinolaringóloga. Bueno, pues me examinó, me medicó, y oyó también la triste historia de la crisis de ausencia. Me preguntó que qué había estado haciendo. Le conté que por las mañanas había estado yendo al parque de Tlalpan a caminar. Si lo conoces, sabrás que tiene unos cerritos y que una vuelta por ahí es un ejercicio de una hora y media, más o menos. Después de oírme, mi doctora lo pensó un poco y dijo: “Me temo que el cardiólogo puede estar desencaminado. Si usted tuviera algo medianamente serio en el corazón no podría andar subiéndolo cerros. A mí me parece que ese episodio de la crisis de ausencia fue resultado de la prolongada privación del sueño y de la falta del ansiolítico que en mala hora le recetaron para dormir. Pero, para estar seguros, debemos preguntarnos si no pudo ser una microembolia. Yo recomiendo que vea a un neurólogo”. Y me dio el nombre de uno, vecino de su consultorio.

Pues fui entonces con el neurólogo. Me hizo toda clase de pruebas “externas” y me dijo que me encontraba con todos mis signos neurológicos en estado excelente. Pero..., que debían hacerme un electroencefalograma especial y una resonancia magnética de cráneo para descartar la posibilidad de una microembolia.

Héme aquí, escribiéndote, ya con otro estado de ánimo, pero con un dilatado programa de visitas médicas. El asunto gástrico quedó solucionado. Hoy me hicieron mi electrocardiograma, mañana me hacen la prueba Tali-Mibi que me mandó el cardiólogo, y pasado mañana me hacen la resonancia magnética. Tengo aún que ver al cardiólogo porque, aunque la crisis de ausencia no se hubiere originado de un síncope, la posibilidad de un cateterismo quedará abierta.

Querida Malva, contarte mis desventuras de salud me ha ayudado a quitarme un poco del peso que he traído encima. Para el viernes todo estará claro y espero estar en Xalapa la semana que entra. Te mando muchos besos y saludos afectuosos para David. **U**



René Magritte, *Reproducción prohibida*, 1937